

ALISTER RAMÍREZ MÁRQUEZ¹

LA EMPERATRIZ DE LAS GARZAS BLANCAS

Sucedió. La historia me la contaron en un bus de Expreso Palmira cuando viajaba entre Buga y Armenia. Yo había ido a pagar una promesa, y es que no les cuento del milagro pero sí lo que me dijo la señora que se sentó a mi lado. Llegó con una bolsita de papel color tabaco, sacó una empanada de cambray caliente y me ofreció como si fuéramos íntimas. La miré con curiosidad y desconfianza, pensé entonces que era uno de esos trucos con escopolamina para dejarlo a uno tonto. Pero me tranquilicé porque le miré los anillos finos que tenía y me llamó la atención que a su edad todavía llevara puesta la argolla de matrimonio.

¿Pero qué me podía robar una dama tan elegante?: en la escarcela llevaba apenas unas medallitas que había comprado y solo unos pesos, que me alcanzaban para pagar el bus urbano hasta la casa. Debo confesar que el olor a queso y al dulce de guayaba que salía de la bolsa fue más poderoso que mi miedo a un asalto. En verdad no había comido desde el desayuno. Se la acepté y mientras devoraba,

¹ ANLE, ASALE y RAE. Profesor, investigador, crítico literario, narrador, promotor cultural y periodista. Es profesor de literatura hispanoamericana y lengua española en *The City University of New York*. Ha publicado ensayos, novelas, cuentos y colabora para revistas de literatura y arte hispanoamericanas, *El Tiempo* y *El Espectador* de Colombia. Su novela *Mi vestido verde esmeralda* ganó el Premio Internacional de Literatura 2005 del Círculo de Críticos de Arte de Chile, y fue traducida al inglés como *My Emerald Green Dress* y al italiano como *Il mio vestito verde smeraldo*.

escuché esta historia, que les voy a contar y que duró desde que nos sentamos juntas hasta que llegamos a Armenia.

Doña Emperatriz era de Pijao. Para ella era muy importante que esto se supiera. Era como si el lugar de nacimiento, la infancia y parte de la juventud, ocultadas en un pueblo cordillerano, tapado por la niebla y las lluvias de noviembre, con las montañas en las narices de la plaza y las garzas blancas que habitaban para ese entonces en el barrio de tolerancia, y de las cuales no se tenía fecha de llegada ni el origen, hubiesen sido una marca indeleble que la hacían sentir a la vez orgullosa y sin remedio desgraciada. Se trataba de San José de Colón, un nombre como de puerto pero en los Andes, al lado de las aguas que se descolgaban por las montañas. Pero cuando Emperatriz nació, ya le habían cambiado el nombre por el de Pijao. Era uno de esos lugares conocido también por los asesinos en la Violencia, y muchos años después por los guerrilleros que bajaban de las lomas y caminaban por el pueblo como Pedro por su casa.

Desde que nació hasta parte de la vida de casada vivió en el mismo caserón de bahareque, con nueve ventanas verdes de balcón, frente a la plaza. Allí se habían establecido sus abuelos maternos, quienes vinieron de Salamina, Aguadas y el Espinal. Otros en el pueblo habían llegado de tierras muy lejanas, más allá de la imaginación, de Siria, Líbano y Palestina cuando estaban bajo el mandato británico y francés. La madre de Emperatriz decía que don Ismael Azad, uno de los vecinos, hablaba árabe y nunca lo había visto en la iglesia. Se contaba que solo había rezado una vez en su vida el Padrenuestro, el día que se casó con una muchacha de Sevilla.

Desde una de esas ventanas con postigo Emperatriz observaba el mundo, como si lo tuviera a sus pies, sin saber que a ella también la miraban. No la dejaban salir como a las otras muchachas del pueblo a dar vueltas al parque. Siempre estaba acompañada por la madre, una de las tías o las otras dos hermanas mayores.

Una de las pocas personas que la había visto el día de la procesión de la Dolorosa fue el nuevo comandante de la policía, recién trasladado de Caicedonia Valle, para que reemplazara al anterior, asesinado en la finca La Quiebra. El teniente era un muchacho de 22 años, alto, delgado, sin rastro de barba y que le daba un aspecto casi de adolescente. Siempre impecable, bien afeitado y con olor permanente a agua florida de Murray. Aunque Emperatriz no soportaba los perfumes cítricos combinados con canela y clavos porque ella los asociaba

con la alhucema de la madre, quien se la echaba en la cabeza cuando se sofocaba por las borracheras del padre, sí le respondió a las miradas fulminantes del joven en una de las interminables celebraciones de Semana Santa porque se dio cuenta que era la manera de liberarse del yugo materno.

La madre no aceptó al principio el pedido del comandante para visitar a la hija menor y la más bonita de las tres hermanas porque, en realidad, ella consideraba que un policía era muy poca cosa. Además en su familia nunca habían tenido un pariente uniformado. Al contrario, le rebajaba de categoría. Sin embargo, el cura de Pijao la convenció que era un buen partido, que además era conservador y que como estaban las cosas era mejor tener protección de la ley. La cosa no estaba como para escoger y otras familias pudientes de Pijao ya se habían ido para Armenia, Bogotá y Cali por las matanzas.

Emperatriz y el comandante de la policía se casaron en Pijao, ante la sorpresa de los familiares y los vecinos, pero con el visto bueno del papá, el cura y las monjitas Teresitas que la habían educado. La casa esquinera era tan grande que el teniente se vino a vivir al lado de su esposa y su nueva familia. El primer año fue el marido ejemplar pero todo empezó a cambiar cuando dejó de usar la colonia de agua florida y lo trasladaron a Génova porque la situación se había complicado y lo necesitaban allí con urgencia. Desde Génova le llegaban a Emperatriz rumores que su marido ya se había conseguido a otra y le tenía hasta casa propia. No le tomó mucho tiempo en cogerle rencor porque, entre otras cosas, nunca se consumó el matrimonio y ya no venía a verla a Pijao. Finalmente se quedó en la casa aparentemente guardando el luto. No tuvieron hijos, vivieron siempre separados pero doña Emperatriz llevó el título de casada hasta su muerte y nunca se cambió su apellido ni en la cédula.

Al teniente también le soplaban al oído las habladurías que le traían desde Pijao, como el hecho que su esposa se veía con otros hombres, mucho antes que se separaran. Sin embargo, tanto él, para defender su hombría y justificar el abandono, como la familia de ella siempre guardaron las apariencias, en particular para no atormentar a la madre, quien seguía consolándose con el aroma azul de las florecillas de alhucema mientras su esposo se emborrachaba en el café del primer piso de la casa por el fracaso de la hija más amada.

Así vivieron más de medio siglo, solo unidos por la partida de matrimonio. Él se jubiló de la Policía, con su pensión compró una

finca, se hizo a otras propiedades y vivió con la mujer de Génova hasta que se murió de cáncer en la próstata. En el momento de abrir el testamento la única que legalmente pudo reclamar la herencia fue doña Emperatriz Mejía de Duque, su legítima esposa.

El marido, quien amasó una fortuna cuantiosa, nunca se divorció de su legítima esposa porque, entre otras cosas, ella se había desaparecido desde muy joven de Pijao y todos la daban por muerta, excepto la familia que sabía su paradero pero no a lo que se dedicaba. Buscando otra vida y queriendo escapar del desamparo salió en medio de la lluvia, cubriéndose la boca con una bufanda tejida por ella misma, en el último bus de servicio, que era muy escaso. Solo portaba una maletica de cuero color miel, que la madre le había comprado a don Ismael Azad pero que nunca la usó. No iba buscando a su esposo sino que se alejaba de las montañas, huyendo porque se sentía aislada como si estuviera vendada en medio una nube de aves.

Me contó como si la estuviera escuchado ahora, me parece verla comiéndose su empanada, que esa misma noche llegó a Armenia, cogió un Bolivariano cerca de la galería para Bogotá y allí otro para Villavicencio. Allí se quedó donde una conocida, que la llevó hasta otros pueblos del llano, y como siempre lo había soñado desde los 10 años, mirando desde la ventana del caserón ancestral hacia el vacío de la plaza, voló como las garzas. Lo de puta quizás había sido rebeldía o tal vez rabia. Décadas de experiencia en medio de los forajidos, los bandoleros, los aventureros, los militares, los guerrilleros, los secuestrados, los coccaleros, los curanderos y las mujeres que traían del interior, la convirtieron en la emperatriz de las garzas blancas. Con cada hombre que se acostaba le decía que era casada porque se sentía tan digna como el día de la boda.

Me confesó que el Milagroso de Buga le hizo lo inesperado: darle la dicha de haber vuelto a las montañas de Pijao, pasar triunfante por el arco de ladrillo como una reina, al lado de la estatua de la Virgen; con plata para comprar la casa de la esquina que había sido de sus abuelos.

Ya para ese entonces nadie se acordaba del policía de la Violencia, con olor a flores de naranjo y clavos que había abandonado a su mujer por irse con otra. Muy pocos sabían que Emperatriz había regresado con las garzas de la cordillera, con la fortuna del marido por ser la esposa legítima y única heredera, para contemplar en los atardeceres desde una de las ventanas verdes la misma plaza que había visto 60 años atrás.